

*Films de
Amor*



NOCHE
TRAGICA
50 cts.

SELECCIÓN FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 16

BARCELONA

NOCHE TRÁGICA

Adaptación literaria de la magnífica
película de gran emoción e interés,
interpretada por la bellísima actriz

MARIA JACOBINI

por ANTONIO GUASCH

Selecciones GRAN LUXOR Verdagger
(FUERA DE PROGRAMA)

Maria..... Maria Jacobini
Basilio Petrovich..... Angelo Ferrari

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Los sólidos muros, las cúpulas altivas que retaban al cielo eran un símbolo del espíritu fuerte, rígido y orgulloso de la fortaleza de Ivangorod, cuna de razas de guerreros famosos que al temple de su espada, al esfuerzo de su brazo y al valor de su corazón debieron las grandes riquezas y gloria conquistadas. Como un contraste, no lejos del castillo se hallaba el castillo del conde Voikoff, también altivo en apariencia, pero convertido en el fondo en un dulce nido de amor. Allí transcurrían las horas en dulce idilio entre María Voikoff, recogida al quedar huérfana por la madre de Vladimiro, la condesa de Woikoff, que a los timbres de nobleza unía la bondad ingénita en su alma, y Vladimiro, que contaba, ansioso, los días que le faltaban para ser el esposo de la bella muchacha que había sido la compañera de su infancia.

Los preparativos habían ocupado durante muchos días a la bondadosa condesa, y en el castillo se respiraba este ambiente de felicidad que antecede a los grandes acontecimientos nupciales. El general Vorileff también concu-

rría a la tertulia de la familia, y más de una vez sus ojos se posaban con codicia en la bella figura de María. Mas nunca su boca se había abierto para pronunciar una sola palabra que diera a entender cuáles eran en realidad sus designios. El general era uno de aquellos hombres para los cuales el hablar de amor era un imperativo categórico... No concebía la vida sin una galantería insinuante, que culminaba en una corte asidua de la que hacia objeto a cuantas mujeres estaban a su alcance. Sin embargo, en el caso de María, el propio Vorileff se daba cuenta de que en el fondo de su alma iba arraigando un fuerte querer. Trató primero de luchar, considerando que la diferencia de edad era el más serio obstáculo que se oponía a su amor. Mas el trato diario le hacía alimentar su ilusión y veíase forzado a concurrir la casa para calmar el tormento de su querer.

Para commemorar la proximidad de la boda, la condesa preparó una comida íntima, después de la cual debían ultimarse los preparativos. Era como una recopilación de todos los componentes al mayor esplendor de la boda que se aproximaba... Radiantes estaban los salones del castillo de Woikoff cuando el criado anunció que la mesa estaba servida.

Cogidas del brazo, empezaban a pasar las parejas hacia el comedor y formaba el más bello de los espectáculos humanos el contem-

plar cómo iba desfilando lo más notable de la sociedad, habitantes casi todos en los castillos lindantes.

El diálogo era sumamente interesante entre la vieja condesa de Castigroff y el barón de Radietchs, ambos de la más rancia aristocracia, y enterados con todo género de detalles de la vida y milagros de todos los vecinos de los castillos circundantes.

—Señor barón, ya sabrá usted que la boda se avecina. María puede estar satisfecha de ver cómo va a tener por esposo a uno de los más bizarros oficiales de la guardia...

—De veras que por sus hazañas y por el cariño de sus sueprios es uno de los pocos jóvenes que hoy en día sólo piensa en sus deberes. Naturalmente, habrá tenido sus amores, pero nunca ha dado pábulo a la murmuración ni tema al escándalo...

—No todos pueden decir lo mismo...

—Ciento es, pero la joven María siempre ha sido una muchachita con suerte. Al quedar huérfana tuvo la dicha de que la condesa se apiadara de ella y la tomara a su cargo ante el temor de que los administradores hicieran merma en su fortuna...

—¿Es rica?—preguntó la noble y arrugada dama.

—Ya lo creo!—replicó el barón—. Su fortuna es, por lo menos, tan grande como su belleza... Su padre, de ilustre familia originario,



Por su belleza, María se hallaba siempre osediada.

reunió las herencias de varios de sus antepasados que le fueron legando al morir sus bienes, hasta que tocándole el turno a él, cuado ya llevaba diez años de viudedad, la dejó única heredera de inmensas propiedades y de valores de sólida renta.

La comida se deslizaba amablemente entre las risas y comentarios, y se adivinaba en todos los semblantes la complacencia que les producía hallarse en tan selecta sociedad. Llegó la hora de los brindis y todas las miradas convergieron sobre María y Wladimiro. El marqués de Lavenoff se levantó y, en alto la copa, colmada de espumoso champaña, pronunció las siguientes palabras:

—Es con el más grande de los placeres, con la alegría más sincera que levanto mi copa por la prosperidad de esta noble familia de Woi-koff, en la que la austereidad, la más depurada estirpe y la amabilidad más exquisita se reúnen para formar el verdadero dosel, tejido por la admiración de cuantos se honran con su trato.

“¡Bien!” “¡Bravo!” —dijeron todos asintiendo a las palabras del marqués, que por su eloquencia tenía siempre a su cargo la parte oratoria en todos los convites.

El marqués continuó:

—No ignoro el feliz acontecimiento que dentro de poco llenará esta casa de gozo inefable, en la que los siglos han ido depositando

la esencia de todas las virtudes de nuestra raza preclara. Pues bien; para cuando llegue la ocasión por todos tan anhelada, porque sabemos que será para la mayor dicha de los que van a unirse para siempre en lazos por las cadenas tejidas con rosas.

Como si esta alusión a las flores fuera una señal convenida, todos los invitados lanzaron sobre María y Wladimiro la flores que adornaban la mesa, y que en sendos jarros de plata daban una nota de color y belleza a la fiesta.

Wladimiro vióse obligado a tomar la palabra para agradecer la efusiva muestra de consideración de que era objeto.

—Señores: si, como ustedes han afirmado hoy, yo no debo ni puedo negar, pronto tendré un nuevo hogar, del que María será el ángel. Espero poder ofrecerles una nueva casa, en la que podrán considerarse como en la suya propia.

El general Vorileff levantóse también para brindar, y con el énfasis propio de un caballero de la Edad Media, tras un ademán de gallardía retadora, dijo:

—Yo no puedo olvidar en este momento, como en ninguno de mi vida, mi eterna divisa, que no creo sea necesario recordar, pero que nombraré, como es mi costumbre:

“Fidelidad a la patria, amor a las mujeres.”

Mas una solterona que se hallaba junto al embajador de Francia quiso demostrar a éste

que en lo de diplomacia sutil estaba perfectamente al corriente y le interrumpió diciendo:

—¿No sería mejor, general, variar los términos: Fidelidad a las mujeres, amor a la patria?...

Siguió la comida, que tocaba ya a su término, y el general Voriloff contaba los minutos que faltaban para que empezara el baile y los juegos, que eran su gran predilección, porque gracias a ellos podía permanecer unos momentos a solas junto a María... y esto le facilitaba la ocasión de lanzarle al soslayo sus disimulados piropos, que ella soportaba con disgusto, porque casi siempre tenían por lema la pesadez y la poca espiritualidad. Al abandonar la mesa, los invitados, Wladimiro dejó unos momentos sola a su prometida para correr junto a su madre, que se había retirado breves momentos para descansar, puesto que a su edad las emociones y los convites no le sentaban muy bien.

Esta circunstancia la aprovechó Vorileff para acercarse a María para decirla:

—Pero ¿en dónde estará Wladimiro, que no está en el salón? ¡Ah si yo fuera su novio! ¡Ni un instante abandonaría este tesoro!...

—Pero general, ¿cuándo se convencerá usted de que sus galanterías las aprecio, pero podrían ser mal interpretadas por mi novio?

—Poco me importa si usted las considera como expresión de mi admiración más sincera...



Al iniciarse el juego de prendas.

—Admiración así... casi que no la puedo aceptar de nadie.

—Es lo que usted despierta siempre a su paso: una admiración sin límites, un entusiasmo al considerar la bellaza de su persona y su gracia encantadora...

—Cállese, por favor... No debo escucharle.

—Siempre estos desprecios, cuando le consta a usted que la amo.

—Le dejo con su locura, general—dijo María, y huyó hacia otra parte del salón fingiendo su deseo de saludar a una amiga.

Así, a cada ocasión que se presentaba, Vorileff asediaba a María, que sorteaba la situación esquivando graciosamente por no ofender de modo ostensible a un viejo amigo de la casa, al que su madrastra apreciaba mucho. Afortunadamente, llegaba ya María y empezaron a organizarse estos inocentes juegos de salón que facilitan tanto a la gente joven el que puedan cambiar palabras que dan vida a una ilusión o prestan ocasión a los novios a que vayan soltándose sin miedo a la timidez...

Vladimiro propuso que se esparcieran por el suelo botellas de champaña y el que bailando derribara una tuviera el derecho de besar a su pareja. No esperaba el general una ocasión más propicia que ésta para dar rienda suelta a sus innobles deseos. Obtuvo de María, siempre tan complaciente, que le comprometiera un baile.

Empezaron a valsar lentamente y el general, que era un taimado, como quien no quiere la cosa, ¡zas! le largó un puntapié a la botella, que rodó por el suelo.

—¡Alto! ¡Eso no vale aquí! ¡Hubo trampa!— gritó María con un enfado que esta vez no era fingido, pero que todos los invitados achacaron a una comedia que ella realizaba para mejor representar la comedia de su enojo...

—No ha sido trampa. Esto es legal—dijo el general—. Tengo derecho a un beso...

—Pero lo que usted no sabe—dijo Vladimiro—es que el beso debe darse a través de un pañuelo...

—No me conformo. Esta regla del juego es arbitraria—dijo Vorileff.

—No se puede exigir nada más—dijo el marqués—. Que se conforme el general.

En tanto, María alargó la mano al general, que protestó:

—En la mano no vale, no vale—dijo el Vorileff.

—Pues si no se conforma con el beso a través del pañuelo se lo deberé toda la vida.

—Pero no olvide usted—dijo con aire de reto Vorileff—que las deudas devengan intereses.

En su fuero interno, desde aquel momento Vorileff juró vengarse del desprecio de que le había hecho objeto María, y, a pesar de que demostró la mayor indiferencia, aquella ofensa le había hecho perder toda su serenidad y aplo-

mo. Era el alma salvaje de sus antepasados, fieros cosacos del Volga, que habían saciado en el enemigo centenares de veces su sed de sangre y d pla... Era el alma ancestral de aquellos que jamás habían dado ni tomado cuartel los que hablaban en él, los que rugían en su alma pidiendo venganza. Pero a través de los tiempo, las costumbres varían, y al hacerse más moderno el hombre, gana en hipocresía lo que pierde en valor. Ya no se combate a rienda suelta y el sable entre los dientes—pensó el general—, y trazó su plan de ataque a la fortaleza que para él representaba la virtud de María.

La casualidad vino en su ayuda. Esta casualidad veleidosa que a veces ayuda a los amantes y a veces es causa de las mayores desdichas. Cuando la fiesta se hallaba en su apogeo llegó una orden urgente para Wladimiro. Era portador de la misma un cosaco alto, rubio, que recordaba a los atletas leñadores de las estepas en su recia contextura. La orden era terminante. Debía llevarse un comunicado a la frontera para que el destacamento encargado de su custodia pudiera realizar unas maniobras que eran de inminente utilidad estratégica por constituir un alarde necesario ante el vecino belicoso.

Los invitados al castillo, que esperaban la cacería con verdadera impaciencia, hubieron de escuchar de labios del marqués las siguientes



El general brindó por la patria y las mujeres.

palabras, que echaron por tierra todos los planes cinegéticos:

—La cacería deberá suspenderse. El señor Vladimiro Woikoff, nuestro simpático anfitrión, queda designado por la Superioridad para desempeñar un cargo de confianza que le absorberá por completo durante un par de días por lo menos.

En este momento el general Vorileff, que se acercaba al coro, se creyó en el caso de intervenir para encubrir sus malvados propósitos.

No es preciso que el dueño de la casa nos abandone. Que decida la suerte a cuál de los oficiales aquí presentes debe llevar el mensaje.

Y para dar mayor veracidad a sus palabras comenzó a escribir en pedazos de papel el nombre de los militares allí presentes, para demostrar su buena voluntad de que Vladimiro permaneciese al lado de su novia. Protestó Vladimiro, pero no le valió, por tener que dar consentimiento a sus compañeros, que le exigieron el entrar en el sorteo para nivelar las probabilidades de abandonar la fiesta.

Cuando los nombres de todos los presentes (se entiende los oficiales del mismo regimiento de Kladimiro) estuvieron en la bolsa dijo Vorileff:

—Que la dueña de la casa decida a quién corresponde.

Puso la mano María en la bolsa y sacó una bolita de papel. Con un ligero temblor, la des-

dobló y encontró escrito en ella el nombre de su marido. Se la alargó temblando y éste, al ver su nombre, dijo, sereno y satisfecho:

—Señores, celebro que me haya correspondido a mí, pues así ninguno de mis queridos huéspedes se verá obligado a tener que abandonañ esta casa y la cacería podrá tener lugar de la misma manera, aun cuando sé que impera entre ustedes el deseo de suspenderla.

—¡Que se suspenda!—gritaron varias voces.

—Exijo, señores, a los que se llaman mis amigos que cumplan mi orden. La cacería se celebrará mañana, y este es mi deseo. Que mi ausencia no les prive a ustedes de divertirse es mi más ferviente anhelo.

Aun cuando le rodearon para disuadirle, él les obligó a callar, y, deseándoles que la fiesta fuera de su agrado, se retiró a sus habitaciones para preparar el plan de marcha y poner en orden los papeles que debía transmitir, estudiando al mismo tiempo la manera más factible y provechó sa de llevar a cabo el servicio que se le había encomendado. Cerró la noche sobre el castillo y aun continuaron los violines dejando oír en la paz de los bosques la nostalgia de sus canciones.

A la mañana siguiente, la decoración presentóse de modo totalmente distinto. En los bosques resonó la trompa de los monteros dando cita a los cazadores. El galopar de los caballos hizo temblar la tierra y las coraos y gacelas

volaban acuciados por los perros que, olfateando la presa, las atacaban. María, con su bello traje de amazona, que hacía resaltar su imponente belleza estaba deliciosa. Su caballo, atento a las indicaciones de brida y espuelas, saltaba los obstáculos fiel al dominio de su dueña, y en la ágil carrera parecía no sentir el peso que como preciada carga llevaba. Junto a María galopaba, en traje de cazador, el general Vorileff, que no la dejaba un momento, asediándola con sus galanterías, contento y orgulloso de que su estratagema hubiera tenido éxito. Debemos al lector una aclaración:

El general Vorileff había falsificado las papeletas y en la mayor parte había inscrito el nombre de Vladimiro, por lo cual no es de extrañar que éste saliera elegido para ir a la frontera, abandonado la cacería y a su amada novia. Pero no contaba con que el amor siempre encuentra la ocasión de acercarse al objeto de sus anhelos. Vladimiro, en el camino que debía emprender, encontró la forma de cruzar el bosque para decir a su prometida que regresaría lo más pronto posible.

Al cruzar María una espesura vió al llegar a un claro desde el que se divisaba la carretera, que su novio, desde un auto, la llamaba. Acudió presurosa y cambió con él un beso de tierna despedida, diciéndola:

—No me pesa alejarme si al final tú te diviertes y pasas un día alegre... Por mí no te

preocupes; redoblaré mis esfuerzos para volver lo más pronto posible.

Revolvió su caballo María y lo lanzó al galope para reunirse con los demás cazadores.

Vladimiro dió orden a su chófer de que acelerara la marcha, a fin de recuperar el tiempo perdido. Cuando desapareció en un recodo de la carretera ya estaba de nuevo Vorileff, que había espoleado duramente a su caballo al lado de María, cantando su belleza con un madrigal de galanterías mil veces repetido. Los dos caballos, en el estrecho sendero, casi se tropezaban, ya que los árboles que lo bordeaban incitaban a la prudencia, tomando la mitad del camino para rehuir un golpe. Vorileff contemplaba la belleza de María, que era para él un imán irresistible. Los movimientos del galope daban toda la gracia al cuerpo gentil de María. Estaba verdaderamente encantadora para que la contemplara a su sabor el hombre que por ella suspiraba y que por su amor hubiera dado la vida sin vacilar. Los caballos, al marchar, empezaron a juguetear y los brincos y las cabriolas se sucedían hasta que, al fin, perdiendo el equilibrio por uno de los bruscos saltos, María dió con su cuerpo en tierra. Inmediatamente saltó de la silla el general y, recogiéndola, la llevó a un pabellón de caza que se hallaba próximo al lugar donde había sufrido la caída. Allí, al contemplarla a soñas, la pasión le cegó...

Encontróse el general dueño de aquel tesoro

y, arrobado por su belleza, adelantó sus labios, ansiosos del dulce contacto de aquella carne marfileña. María, que se hallaba medio desvanecida a consecuencia del porrazo recibido, reaccionó inmediatamente y se aprestó a la defensa de su honor. Pero entonces ocurrió algo insólito. La puerta del pabellón de caza se abrió con violencia y penetró el novio de María, que tenía el presentimiento de que algún peligro amenazaba a su amada novia. En efecto, apenas se había alejado, empezó a meditar sobre las asiduidades del general para con su novia y, de deducción en deducción, una sospecha fatal cruzó por su mente.

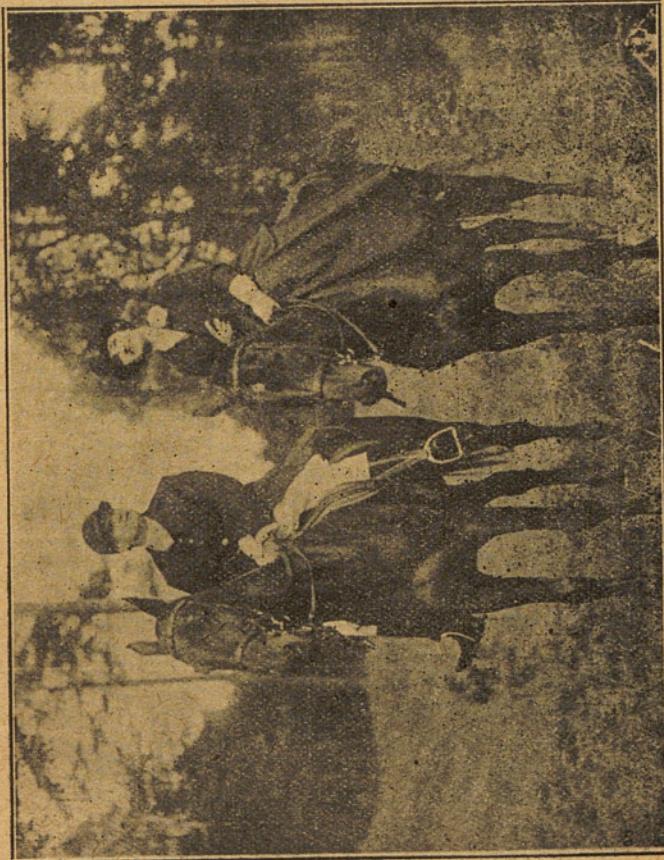
—¿No habría el general preparado aquella orden tan extemporánea para alejarle del lado de su novia?—pensó.

Poco a poco esta idea le dominó hasta que, automáticamente, cegado por el amor y el deseo de comprobar esta sospecha, le hizo olvidarse de la misión que le habían confiado y recorrió el bosque en busca de María, hasta que, al llegar al lugar de la cacería, encontró a un criado.

—¿Dónde vas?—le preguntó al ver el azoramiento del servidor.

—Señor, la señorita ha caído del caballo y voy a pedir socorro. Ahora se halla con el general, que la asiste en el pabellón de caza junto al molino.

Voló Wladimiro hacia allá y, al entrar, pre-



El general Vorileff en la cacería, no perdía de vista a María.

senció el más repugnante de los espectáculos.

María luchaba por desasirse de los brazos de Vorileff, que forcejeaba con ella...

—Eran ciertas mis dudas... ¡Qué poco podía confiar en vuestro honor—escupió, más que dijo, al general.

—Acordaos de que lleváis una orden urgente y que no podéis abandonar un servicio de esta índole. Marchaos y continuad vuestra ruta...

—¡Miserable!—sólo pudo decir Wladimiro, y en un arrebato de cólera y de indignación sacó pistola y disparó sobre el general que recibió la bala en un brazo, al levantarla instintivamente para protegerse.

Vorileff no se inmutó. La herida era leve y siguió ordenando con mayor imperio:

—Coja usted la orden y llévela a su destino.

La orden permanecía en el suelo, donde la había dejado, en su indignación, el novio de María, negándose con la cabeza a obedecer.

María, comprendiendo la grave situación, abrazóse a su novio, diciéndole con los ojos arrasados en lágrimas:

—¿Qué has hecho, Wladimiro? ¿Qué va a ser ahora de nosotros? La pena que te aplicarán será terrible... Te separarán de mi lado para siempre...

—No importa—dijo Wladimiro con entereza—. He cumplido con mi deber y lo demás poco me importa.

—Pues sepa usted—agregó el general—que

su delito puede calificarse como desacato a un superior, malos tratos de obra y abandono de una misión delicada... Ya puede usted suponer lo que le espera...

—A nada temo ni a nada quiero tanto como a mi honor—añadió Wladimiro.

Lejos, sonó ruido de espuelas y de gente que se acercaba. Eran los cazadores que acudían en socorro de María y que, al contemplar la escena que a su vista se presentaba en el pabellón de caza, comprendieron todo el terrible alcance de los acontecimientos que acaban de desarrollarse.

—Que toda la oficialidad regrese inmediatamente a la fortaleza—dijo el general—, y que se abra inmediatamente el debido proceso.

Wladimiro pensó en todo menos en escapar para librarse de los rigores del procedimiento que iba a incoársele.

Acompañó a su novia y, por consejo de ésta, la siguió hasta su palacio. Al quedar solos, María le dijo:

—Es preferible que mamá se figure que estás en la frontera. Si tuviéramos que referirla lo que ha ocurrido sufriría un tremendo disgusto.

—Lo sentiría, pero por mi parte créeme que yo no dejaría nunca de cumplir igual que lo he efectuado, aun cuando el verdugo estuviera esperando para ejecutarme...

—¡Cuánto te amo y cuánto siento que es-

tos terribles acontecimientos nos impidan realizar nuestros ensueños de amor...

—Todo pasará. Esto será una negra nube que sólo oscurecerá leves días el cielo de nuestra dicha, y éste nos absolverá. Era en legítima defensa de mi novia como yo he obrado, aun cuando se trate de un superior al que he herido. La herida es leve, por fortuna. No creo, sin embargo, que obre con la lealtad de declarar que todo ha sido un accidente. Al contrario: aprovechará su influencia para lograr que me separen de ti.

—Me conmueve tu serenidad y me admira cómo por mí has arrostrado tantos peligros.

—¿De qué no sería yo capaz para salvarte a ti de las garras de aquel cobarde, que profanaba tu cuerpo, y gracias que he llegado a tiempo; de lo contrario, quién sabe si el mal hubiera sido ya irreparable...

—Antes hubiera muerto que ceder, Wladimiro. Sólo mi cadáver le hubiera pertenecido.

Gracias, María; jamás dudé de tu amor y siempre anhelé tu pureza inmaculada para ser base de mi dicha. Nunca dejé de adorarte como a una virgen de esperanza y felicidad.

—Pues confía en el Dios del amor, que, pase lo que pase, yo sola tuya he de ser. Podrán demorar el instante supremo de nuestra dicha, pero, al final, habrán de contemplar cómo todo nos sonríe y cómo logramos nuestros

afanes de constituir un hogar, asilo de venturas.

—¡Que Dios ayude y que escuche tus palabras!...

Apenas pronunciadas las que acabamos de transcribir, penetraron dos cosacos en el salón contiguo al que se hallaban los dos novios, suplicando se les dejara pasar.

Cuando se hallaron ante María, que, dejando a su novio, se presentó a recibirlas, le dijeron, cuadrándose ceremoniosamente, pero con energía en la voz:

Hemos de ver inmediatamente al capitán Wladimiro, prometido de usted, y nos han informado de que es aquí donde se encuentra.

—Seguramente habrá salido ya, como es su costumbre.

—Pues sintiéndolo mucho, señora, hemos de practicar un registro...

Intrigada la madre de Wladimiro por la conversación, llamó a su hija.

—Nadie, madre mía; son dos amigos de Wladimiro, que veían a buscarle.

Mientras esta conversación tenía lugar, Wladimiro, por indicación de su novia, se había escondido en el cuarto de costura, donde permanecía conteniendo la respiración.

Entre tanto, los dos cosacos empezaron, según orden que tenían recibida, a registrar las habitaciones buscando a Wladimiro. Ponían en la ingrata tarea todo el comedimiento de un

penoso deber, máxime que la conducta noble de Wladimiro le había granjeado en todos los sectores del ejército ilimitadas simpatías y afectos.

Pero algo había notado de anormal la madre de Wladimiro cuando insistió cerca de su hija, preguntándola:

—Dime: ¿qué pretendían de Wladimiro que insistían tanto en saber dónde se encontraba?

—Nada... Algún servicio urgente para mañana, pero ya les informaré yo detenidamente. Tú no salgas de tus habitaciones.

Salió María y vió cómo buscaban a su prometido en todas las habitaciones de la casa.

Los dos cosacos cambiaban sus impresiones en alta voz.

—Qué pena me da molestar a una familia tan noble y honrada...

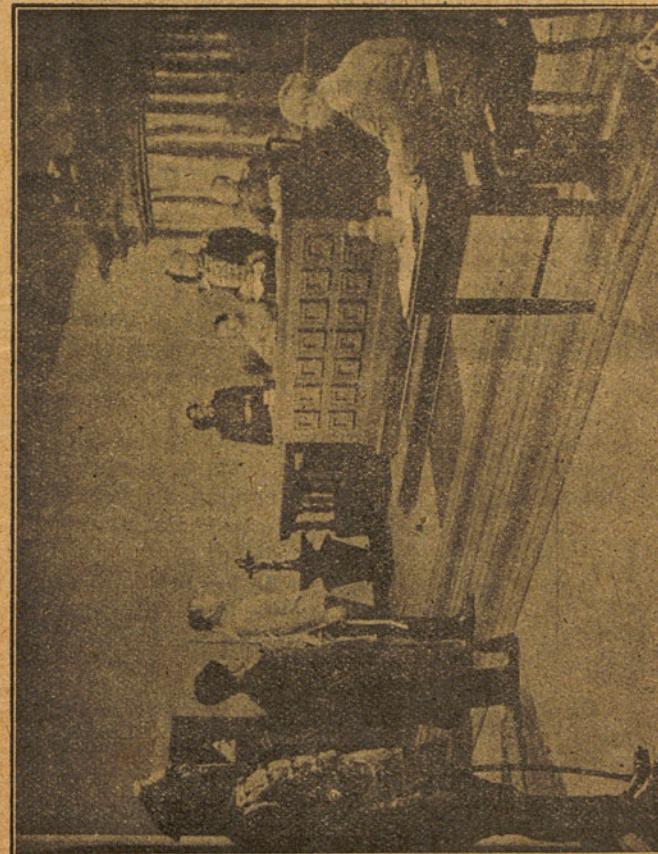
—Sí, chico; me causa vergüenza revolverlo todo...

En esto y siguiendo sus pequisas llegaron a una puerta pequeña, casi disimulada, que conducía al cuarto de costurá.

Uno de ellos trató de abrirlo, pero su compañero le detuvo diciéndole:

—No busques aquí. Un capitán de dragones no se esconde como un criminal vulgar. Hacemos una ofensa a su leal sistema de proceder. Siempre ha sido un caballero el capitán Woikoff.

Tanto como tú le aprecio yo, pero si des-



El tribunal en su severidad iba a disponer de la vida de un hombre.

pués se comprueba que no hemos realizado este servicio con el cuidado que nos han encargado...

—Entonces nosotros seríamos los que pagaríamos las culpas de otro, sufriendo un severo castigo.

—Te equivocas; el capitán no iba a permitirlo.

Esta conversación, sostenida a pocos pasos de la puerta, sonaba dolorosamente en los oídos de Wladimiro, que luchaba entre el amor por María y su honor de militar, que le impedía ocultarse como un bandido y comprometer a dos soldados que estaban cumpliendo con su deber...

Mas pudo más su honor y, abriendo de un golpe la puerta del cuarto de costura, se abrió violentamente y apareció el capitán diciendo:

—Me buscaban ustedes, ¿verdad? Pues aquí me tienen. ¡Estoy a su disposición!

Salió Wladimiro, seguido de los dos soldados, que se mirabán de hito en hito, como diciendo: "Es así como se portan los caballeros".

Al salir Wladimiro, su madre, intrigada aún, se atrevió a dudar de las palabras de su hija, a la que preguntó:

—¿Me has dicho la verdad, María?

—Sí, mamá—le respondió—. Ha salido para una reunión urgente, pero pronto volverá.

Y, disimulando una lágrima que traicionaba

27

sus palabras, tomó las manos de la venerable señora entre las suyas y la acompañó hasta las habitaciones interiores, donde ocultaron las dos sus respectivas preocupaciones, esforzándose con supremo heroísmo en aparecer con una serenidad que estaba lejos de su ánimo.

Al día siguiente se celebró el Consejo de guerra.

En la severidad del ambiente flotaba como un presagio funesto la dureza de la pena que debía aplicarse a un capitán tan pondonoroso como Wladimiro, que jamás había cometido la más leve falta en el cumplimiento de su deber. Todos los compañeros se hallaban presentes, y si hubiera valido la opinión sincera de los allí reunidos, inmediatamente hubiera salido a la calle el valeroso novio de María.

Pero las formalidades de rigor y la ley escrita exigían el largo sumario que se había tramitado con extraordinaria rapidez y la constitución de un Tribunal que debía seguir todos los trámites para aquilatar el grado de responsabilidad y el castigo que debía sufrir el hombre que dos días antes se hallaba ya en la antecámara de la dicha, esperando ver colmados sus anhelos de amor correspondido.

Después de una breve exposición de los hechos, el fiscal empezó el interrogatorio en la siguiente forma:

—Capitán: ¿usted no recibió una orden que

debía llevar, sin pérdida de tiempo, al destaca-za Wladimiro.

Así es, mi comandante—replicó con entere-mento de la frontera?

—¿Es cierto que rompió delante de un su-perior la orden que se le había entregado?

Como no estaba en su nobleza negar la ver-dad, Wladimiro hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

—Y además—siguió interrogando el acusa-dor—, ¿hizo usted un disparo contra su su-perior, con el propósito de matarlo?

Wladimiro no contestó. Se limitó a asentir a la primera parte de la pregunta y a encor-gerse de hombros después, como si quisiera dar a entender que sí disparó, pero que no tenía la deliberada intención de matar al gene-ral, porque en aquel momento la cólera le ce-gaba...

—¿Tiene usted algo que alegar, capitán Woikoff?—siguió interrogando el comandante.

—He de objefar que estas acusaciones son ciertas, pero me vi obligado a proceder así para salvar a mi novia, cuyo honor corría se-rio peligro entre los brazos del general, que trataba de forzar su voluntad.

—Sin embargo, el general declara que obró usted por celos injustificados y así parecen de-mostrarlo las circunstancias. Además, según manifiestan los datos, usted se escondió para eludir la acción de la justicia, y semejante



Tristes recuerdos del amor perdido.

acción es indigna de un oficial y le acusa de no tener confianza en la resolución de la justicia y de su propio comportamiento.

—Esto no es cierto y no puedo estar conforme. Yo me escondí en aquella habitación para evitar que mi madre me viese y sospechara lo que había ocurrido. Fué para evitar este dolor, yo que conozco lo mucho que me quiere.

—Cálmese y continúe declarando—hubo de decir el comandante al ver la excitación que se apoderaba de Wladimiro.

—No me escondí, como digo y afirmo. Además, mi hoja de servicios está clara y terminante y puede demostrar que jamás abandoné mi puesto ante peligros mayores.

Sin embargo, los hechos le acusan a usted de un modo evidente, que no deja lugar a dudas. Usted pretendía dar muerte a un superior abandonó el servicio y cuando le reconvinieron por ello sólo se le ocurrió disparar. La atenuante de los celos no puede existir más que como un subterfugio, al que no puede ampararse la impunidad de un delito tan grave en la vida militar.

Hubo un momento de silencio y el Tribunal se retiró a deliberar, saliendo a los pocos momentos, ante la espectación y ansiedad de todos. Sabido es la brevedad con que se tramitan estos sumarios y la sentencia iba a saberse en aquel momento. Era uno solo el condenado,

pero en realidad varias iban a resultar las víctimas de la severidad de la ley. Levantóse el comandante y leyó la sentencia.

—En nombre de la ley, se condena al capitán Wladimiro Woikoff a ser pasado por las armas...

Inmediatamente abandonó el público la sala, con la consternación dibujada en el semblante. Sólo Wladimiro permanecía firme y sereno ante el terrible golpe que le deparaba el destino. No se inmutó; bien sabía que las apariencias le eran fatales y que era del todo imposible hacer valer sus derechos y demostrar por qué razón había obrado con tanta violencia.

Entre los que asistían a la lectura de la sentencia se hallaba Basilio, el fiel ayuda de cámara de Wladimiro, que salió disparado hacia el castillo para comunicar la noticia tal y como se lo había encargado su dueña, María. Al verle la joven, sintió que los sollozos se ahogaban en su garganta.

No había, en realidad, necesidad de preguntarle nada.

—Dime pronto—insistió con la última esperanza...

—A muerte—sólo pudo decir Basilio.

—¿De modo que no hay esperanza alguna?—preguntó María, y se desplomó sin sentido.

En los días que siguieron, el más atroz de los suplicios, el de la incertidumbre, ya que aun

cuando se había recurrido al Supremo Tribunal de Justicia Militar, se temía que éste confirmara la terrible sentencia del primer juez, la desdichada joven veía en su delirio cómo le arrebataban el ser querido y ya presumía las bocas de los fusiles apuntando al corazón que sólo por ella había latido de amor. Tras la negra nube de la descarga y al disiparse el humo, lo veía tendido en tierra y cubierto de sangre como un despojo, lo que era para ella más que la esencia de la propia vida. Las visiones de espanto se sucedían y su amor, elevado a la exasperación, le reclamaba más que nunca que fuera su ídolo el que se le acercara brindándole amor...

Y el suplicio de María era más doloroso por cuanto ante la madre de Wladimiro debía fingir para evitar a la pobre madre el dolor que le hubiera llevado al sepulcro. En muchas ocasiones la sorprendía con las lágrimas en los ojos, y al preguntarla por qué lloraba, ella le contestaba con evasivas... "He leído una novela muy triste", o bien: "He tenido una horrible pesadilla"... En esta forma la vida era insostenible. Cada minuto se llevaba una esperanza y devolvía un dolor más agudo aún. La casa había perdido su alegría y sólo se abría la puerta para esperar a los mensajeros o comprar los periódicos con la esperanza de que hubiera en ellos la noticia de una revocación de la sentencia.



En su exiliación amorosa, Vrileff olvidó su caballerosidad.

Cierto día, cuando sólo faltaban dos para la ejecución de la fatal sentencia, los periódicos publicaron la noticia de que el príncipe de Kierowski, representante de los más altos poderes de la justicia militar, llegaba acompañado de su ayudante para revisar el proceso, pues diversas Comisiones de oficiales de todos los regimientos de la nación habían insistido en la necesidad de que se estudiara a fondo, pues no en balde el capitán gozaba de intachable reputación y no podía despojarse a la ligera de la vida y del honor, que le era más caro que la vida misma.

Consciente de la trascendencia de su misión, el príncipe se entrevistó inmediatamente con los componentes del anterior Tribunal y con el propio general Vorileff, al que comunicó su intención de dedicar dos días al estudio del proceso y a tomar nueva declaración a cuantos habían intervenido en aquel triste suceso, que precisaba aclarar en sus más mínimos detalles.

No supo ocultar Vorileff la contrariedad que la visita y la misión de su superior, la que juzgaba contraria a sus planes, le producía; pero hubo de fingir lo mejor que pudo y ponerse a las órdenes de su superior, no pudiendo eludir el auxiliar a la justicia.

En tanto, en la prisión el desdichado Wladimiro esperaba el último día de visita que le correspondía antes de entrar en capilla para despedirse para siempre de su novia. No te-

mía la muerte, que había desafiado mil veces en los campos de batalla a pecho descubierto. Sólo el oprobio que caería sobre su raza de valientes guerreros, que desde la época más primitiva de la historia de su patria ya habían dado su sangre por ella sin regatearla. Pensaba en sus sueños de amor deshechos. Su única compañía era el fiel Basilio, que no se separaba de la reja de su calabozo un solo instante...

—Hoy es día de visita, mi capitán—le dijo sonriente.

—Es cierto, como también lo es que tal vez sea la última que reciba.

—No lo creo así. La muerte sabrá respetar al que la ha llamado tan a menudo. Tampoco esta vez querrá venir...

—No viene, que la mandan—dijo Wladimiro demostrando el temple de su alma al sonreír.

—También la mandaban los fusiles enemigos en las batallas en que hemos tomado parte...

—No me lo recuerdes, Basilio, que mi desesperación es mayor al ver la recompensa que me reservaban.

—La justicia es una sola, mi capitán; pero se la ha podido esta vez desviar en forma tal que por poco comete una de sus más graves faltas la del error judicial.

—Pues la cometrá, no te quepa duda; lo

siente por María—dijo cambiando el tono de su voz al pronunciar el nombre de la amada...

—María será su esposa dentro de poco y la luz de la verdad brillará hasta en este calabozo, donde jamás debía haber entrado mi capitán—dijo con rabia Basilio.

La conversación de los dos bravos que se habían batido una al lado del otro con la sonrisa en los labios y que ahora se hallaban también unidos ante la adversidad, fué cortada por la presencia de un ordenanza, que, cuadrándose ante Wladimiro, le dijo:

—El ayudante de su Alteza el príncipe Kierowski desea hablar con usted, capitán.

—Dile que estoy a sus órdenes en todo momento. Sólo deseo ofrecerle mis respetos y pedirle que se haga justicia.

Cuando el ayudante se dirigía a visitar a Wladimiro, María solicitaba ser recibida por el príncipe, enterada, como estaba, de la misión que le había llevado hasta la prisión de su novio para hacer investigaciones por medio de su ayudante. María dejó entrever al príncipe cuál fuera el verdadero motivo de la acusación del general Vorileff, diciéndole:

—Si se pudiera poner en claro la verdad pronto mi novio sería libre y su vida truncada recobraría la felicidad y la alegría de que tan necesitado está, después de lo mucho que ha sufrido desde que la falsa acusación le mandó a la triste celda en que gime por mi amor.

—Así se hará, porque lo que más interesa es que resplandezca la justicia en todo su esplendor.

Después de estas alentadoras palabras el bravo militar se despidió de María. Momentos después el propio príncipe se entrevistaba con el general Vorileff con el que entablaban el primer diálogo.

—El proceso me ha interesado desde el primer momento y he de poner todo mi empeño en que se puntualicen bien los cargos que puedan existir contra el capitán Wladimiro Voikoff. Tengo plenos poderes para suspender la ejecución y hacer que se abra nuevamente el sumario.

—Nada puedo añadir a las declaraciones que he prestado ante el Tribunal y declarado por mi honor que el capitán disparó con la intención de matarme ofuscado por los celos...

—Pero en su conciencia nada le reprocha el que obrara de este modo?

—No, alteza; fueron injustificados sus celos...

—Plenamente injustificados?

—En absoluto.

—No puedo creer que un hombre se juegue su porvenir por vengar una ofensa puramente imaginaria...

Mientras esta conversación se desarrollaba entre el Príncipe y el general Vorileff sin que nadie pudiera evitarlo entró María en la ha-

bitación. En sus facciones se dibujaba la mayor energía y decisión. Se adivinaba que enterada de la entrevista y temiendo que la falacia e hipocresía del malvado Vorileff torturara la verdad de los hechos había querido ella misma declarar la verdad.

—Mi novio no puede merecer la pena de muerte por el solo hecho de haberme defendido ante la brutalidad de Vorileff...

—Esto no es cierto—se apresuró a decir Vorileff, lleno de bien fingida indignación, tanto que precisaba la astucia del Príncipe para adivinar en su actitud la falsedad de sus afirmaciones que se obstinaba en mantener a toda costa.

Pero el Príncipe cortó la conversación para decirle en tono energético:

—General, ¿cómo puede usted responder a esta acusación?

—No me compite siquiera el contestar, lo que debe considerar Vuestra Alteza es quién le merece más crédito, una joven que apura todos los recursos para salvar a su novio, o un general que tiene bien ganadas en cien batallas sus numerosas condecoraciones.

—No tengo otro remedio que prestar atención a las palabras de ustedes dos con igual atención, si quiero llegar a establecer cuál de los dos tiene razón.

—Entonces espero, Alteza, que este asunto

será debidamente tramitado sin que se me vuelva a molestar con nuevas declaraciones.

—Yo, por mi parte—replicó el Príncipe—, no me siento nunca molestado cuando de servir a la Justicia se trata.

—Es cierto—respondió confuso el general, y añadió para disculparse—: Todos venimos obligados a servir a la Justicia.

María, sin poderse contener, con un grito del alma herida por el dolor y atormentada por la injusticia, dijo airadamente:

—Este hombre miente a sabiendas, Alteza, es tan ruín que ni la verdad puede salir de sus labios una sola vez, porque la pasión le ciega ahora como le cegaba aquel día al perderme el debido respeto que toda dama merece.

—Señora, no pierda usted la esperanza, que por encima de todo sabré hacer resplandecer la justicia—dijo el Príncipe, dirigiéndose a María.

—Aun creo que haya justicia en el mundo—exclamó María—que Dios no deja triunfar a la maldad en contra de un inocente.

—Así se hará y no desespere usted de que sea el propio Vorileff quien pida el indulto de su novio para que sea más palmaria la victoria de la verdad.

Retiróse María, y el Príncipe, que tenía su plan ampliamente meditado se dispuso a realizar los preparativos que tenía listos para saber hasta qué grado tenía razón el general Vorileff. El procedimiento era ingenioso en extremo y

constituía una celada que acreditaba al Príncipe de astuto y suspicaz.

Lentas transcurrieron las horas en el palacio donde María y la madre de Wladimiro esperaban que se confirmaran sus sospechas, pues si bien María había puesto todo su empeño en que la desventurada madre ignorara la trágica verdad de la situación, la pobre señora, por pequeños detalles y por conversaciones sorprendidas a los criados, estaba ya más enterada de lo ocurrido de lo que realmente convenía a la tranquilidad de su ánimo.

Las dos mujeres no osaban apenas dirigirse la palabra. El ambiente respiraba inquietud y misterio y hundidas en sus butacones diríase que era para ellas el filo amenazador de la espada de la justicia. Por fin, en el quietismo de la noche, de aquella noche trágica a cuyo alborzar había de ser ejecutado Wladimiro, sonó la voz de la señora de Voikoff temblorosa y palpitante de emoción:

—¿No hay noticias?

—¿De quién mamá? —preguntó María fingiendo hacerse la desentendida, a pesar de que sabía sobradamente a lo que hacía referencia la noble dama.

—No intentemos engañarnos, María, yo sé tanto como tú la triste realidad. Esta mañana el fiel ayuda de cámara de Wladimiro estaba refiriendo el caso a la doncella de servicio.

Las dos mujeres se miraron en silencio. Aun

intento María hacer un gesto de extrañeza. La venerable señora continuó su relación.

—Hablaban en voz baja, pero yo, que desde hace varios días he observado que algo anormal ocurre en la casa, llegué de puntillas y pude escuchar entera toda la conversación. El ayuda de cámara le decía a la doncella:

—En el mayor dolor de mi vida. Sentiría la muerte de mis padres, pero una enfermedad puede arrebatarnos lo que más queremos en el mundo y aunque difícil no nos queda otro remedio que conformarnos; pero que le fusilen con su brillante historia militar es una iniquidad que no llegará a consumarse.

—Difícil veo que escape... Hoy he leído los periódicos antes de quemarlos para que no se entere la señora y es horrible lo que dicen... el indulto será seguramente rechazado y no hay esperanza...

—Sí; pero ¿y la llegada de este príncipe que viene a estudiar el proceso?

—Las declaraciones del general son terminantes y acusadoras, además el artículo de la ley es terminante también: el que ofendiere de obra a un superior debe ser pasado por las armas...

Apenas pudo terminar la relación la madre de Wladimiro... Sólo agregó estas palabras:

—Largo rato estuve escuchándoles y saqué la dolorosa conclusión de que mi hijo va a ser fusilado... mañana.

Estas palabras apenas salieron de su garganta y de no haber acudido prestamente María se hubiera la señora Voikoff desplomado sobre la alfombra. Prodigándola sus cuidados pudo conducirla hasta un diván donde quedó tendida llorando amargamente con la cabeza entre las manos y balbuceando:

—Hijo mío... pobre hijo mío!

Pero esta dolorosa escena tuvo el valor de dar más ánimos a María. Ya no era ella sola, eran tres vidas las que era necesario salvar con todo ahínco. De pronto, brilló en su cara el relámpago de una idea salvadora. Sí, todo debía arrostrarse para salvar a Wladimiro... Tomó un velo y mandó preparar su carroaje, el más modesto. Salió presurosa por una puerta excusada y dió al cochero una dirección. Fustigó éste al caballo y el galope potente de un caballo turbó el silencio de la noche. Un cuarto de hora después el carroaje se detenía delante de un vasto edificio que tenía trazas de cuartel. Descendió María y preguntó al ordenanza por el pabellón ocupado por el general Vorileff.

Sigilosamente María llamó a la puerta y la voz de Vorileff ordenó:

—Adelante.

Entró la cuitada y no pudo reprimir el general un gesto de sorpresa, primero, y de insana alegría después. Por su mente pasó la

idea de que puesto que venía a suplicar por su novio él sabría poner precio a su piedad.

—¿A qué debo el honor de esta visita?—preguntó con su gesto galante y caballeresco que le era habitual.

—General, vengo a implorar vuestra misericordia. La vida de mi novio está en sus manos,

—Tal vez no esté usted equivocada.

—Sí, lo sé. Una palabra de usted puede abrirle la puerta del calabozo y restituirle a mí amor... al amor de su pobre madre que morirá de dolor.

—Crea usted que si en mi estuviera no vacilaría un instante...

—Hágalo usted y no manche su conciencia con el recuerdo de un crimen, general. Crea usted que el peor juez es la propia conciencia.

—Puedo ayudarla, pero antes deberíamos vernos. La espero esta misma noche en mi casa donde podremos hablar con mayor libertad... De usted depende todo — insinuó el cobarde Vorileff.

María comprendió el sacrificio que de ella se pedía. No sabía ella misma si estaba dispuesta a realizarlo, pero confesó que sí que iría a su casa.

Unas horas más tarde el carroaje que ocupaba María se detuvo frente a la mansión particular del general. Otra vez María descendió y penetró resueltamente en el portal sin observar que una sombra la había estado espiando,

afán de poseer aquella mujer que le había trastornado el seso que la conciencia de la justicia y de la dignidad de su alto cargo en la milicia. Era el hombre que a impulsos de una pasión desordenada todo lo supedita a la satisfacción de su apetito y de su vanidad.

María avanzó tímidamente y sentóse en el sillón más próximo. Se había dejado caer como la paloma que se resigna a ser presa de un gavilán para salvar a los suyos y proteger su huída. Los ojos de Vorileff brillaban de codicia. Por fin su afán iba a verse realizado. Estaba horrible con los horribles agujones del deseo reflejados en su faz. Cayó de rodillas y su voz tuvo toda la osadía de una súplica de vencimiento:

—Perdón, María, yo soy el único culpable aquí donde nadie puede oírnos ya puedo revelárselo todo. Soy un canalla, un vil, pero el amor me ha hecho obrar así... yo acusé injustamente a su esposo. Yo deseé con toda mi alma que fuese acusado... para que nadie estorbara la posesión de este tesoro...

María retrocedió un paso y trató de huir hacia la puerta, cuando Vorileff la sujetó fuertemente impidiéndoselo.

—¡Suelteme! ¡Le aborrezzo! —sólo pudo exclarar María, cuya voz apenas se percibía.

Sin que nadie pudiera impedirlo, María era la débil presa de Vorileff que estrechándola en



Maria resistió las tentadoras palabras de Vorileff.

sus brazos la condujo nuevamente hacia el sillón.

Sin embargo, ella, reaccionando, sacó de su bolso una pistola y trató de encañonar a Vorileff que se la arrebató fácilmente, dejándola indefensa.

¿Nada ni nadie acudiría en socorro de María?

Ya hemos dicho que al penetrar en casa del general una sombra cautelosa la había espia-d. ¿Quién era? Sencillamente ya hemos esbo-zado la idea del Príncipe que tenía su plan preparado. Su Alteza conocedor de las fla-quezas humanas había sospechado muy afi-nadamente de la conducta del general y de su amor por María. Sólo le faltaba para estar al corriente tener la certeza, para lo cual estuvo ace-chando el cuartel y la casa del general para estar al corriente de sus entradas y salidas. Así se enteró de la visita de María y de la segunda entrevista. Pistola en mano se intro-dujo hasta la antesala de casa de Vorileff, re-duciendo a la impotencia a su asistente y pudo escuchar la conversación entre María y el ge-neral en lo que, como sabe el lector, éste se acusaba de todo lo ocurrido y de la verdad de sus intenciones para con la joven.

Era, pues, llegado el momento de interve-nir y el Príncipe penetró resueltamente derri-bando la puerta detrás de la cual se hallaba,

La sorpresa venció toda resistencia del general que hubo de confesarse vencido.

—Sé todo lo que deseaba saber, general —dijo el Príncipe—. Ahora toda negativa es inútil. La verdad se hará en el proceso y vuestra conducta será juzgada severamente, pues mi testimonio es innegable. Sé que trataba usted de hacer creer a la desdichada novia que firmaría usted una orden suspendiendo el fusilamiento. Sé también por su criado, al que con amenazas he obligado a declarar la verdad, que la carta que usted hiciera confesando la ino-cencia del capitán Voikoff no debía serme en-tregada. Lo sé todo y por de pronto queda us-tened arrestado, general Vorileff.

María loca de contento, sólo tenía una idea: salvar a su novio y corriendo se precipitó a la puerta en busca del carroaje.

—Tómela—había dicho al marchar el Prín-cipe, alargándole un pliego que contenía la orden de suspender la ejecución.

Y María, temblando de gozo, contando los segundos, se precipitó en el carroaje diciendo al cochero.

—Revienta los caballos hasta que lleguemos a la prisión de Ivangorod. Hemos de salvar la vida a mi Vladimiro.

No se hizo repetir la orden el cochero y sen-dos latigazos cayeron sobre los nobles brutos que tomaron el más vertiginoso de los galopes, como si supieran que de la ligereza de sus

cascso dependía la vida de un hombre y el honor y tranquilidad de un hogar noble y honrado.

Al llegar a la fortaleza encontró María con que numerosos amigos de su esposo salían del calabozo. No la llamó la atención que en el postrer momento cuantos se habían honrado con su amistad quisieran despedirse de su mejor amigo para siempre. Era el supremo momento del dolor y, sin embargo, en sus facciones no se adivinaba la tristeza. Eran espíritus fuertes que sabían dominarse y contener las lágrimas para da rejemplo de fortaleza al que estaba pasando tan amargo trance.

Cuando pudo abrirse paso hasta llegar a la celda en que Vladimiro se estaba preparando para el eterno viaje escuchando las confortadoras palabras del cura, María dió un grito y cayó en brazos de su esposo. No pudo articular palabra porque la emoción la dominaba en absoluto.

Por fin al sentir los labios de su esposo animándola con la caricia que él suponía la última pudo articular trabajosamente estas palabras:

—Eres libre, sí libre para mí y para tu madre... la alegría vuelve a nuestra casa!

—¿Es cierto? — preguntó anhelante Vladimiro.

—Toma —dijo María alargándole el pergamino que había firmado el Príncipe, y añadió—:



En su amor, hallaba María fuerzas para sobrellevar su matrimonio.

Vorileff era un malvado; él fué quien te perdió...

En pocas palabras le refirió la estratagema de que se había valido el Príncipe para que revelara la verdad sin darse cuenta.

Inmediatamente el jefe de la fortaleza, llamado a la presencia del condenado, examinó el documento de liberación y ebrio de contento, dijo:

—No puedo experimentar mayor alegría que ahora en este momento al devolver la libertad al más valiente y caballeroso de mis compañeros de armas.

—Gracias por las atenciones que se me han dispensado durante mi permanencia en esta prisión—dijo con profunda gratitud Wladimiro.

—¡A formar la guardia!—gritó el jefe de la fortaleza, y a su orden imperativa se alinearon los soldados por entre cuyas filas pasó Wladimiro del brazo de su novia.

—¡Hurrah por el capitán Wladimiro!—dijeron sus compañeros.

—¡Hurrah!—contestaron los soldados sin poderse contener.

Y en esta explosión de entusiasmo y alegría se mezclaron las lágrimas de los dos novios que, profundamente conmovidos, empezaron a recorrer el camino de la verdadera felicidad.

Ya en el interior del carro María refirió con todos sus pormenores la odiosa intriga del general que, movido por un falso amor, había



y en su triunfo del viejo amor, harillón la más dulce de las compensaciones.

estado a punto de promover la más espantosa de las tragedias.

Pero el amor triunfaba de nuevo y los recuerdos del odio iban extinguiéndose, María estaba hermosa, sus ojos humedecidos por el llanto y la emoción brillaban tentadores y Wladimiro estrechándola en sus brazos la dijo:

—Ahora es Dios que me devuelve tu amor... que me ofrenda tu cuerpo de diosa para que goce en ella suprema dicha de la vida... la que sólo puede conocerse en la suprema embriaguez del amor entre tus labios de fresa, entre tus brazos que serán blanda alfombra para mis sueños de enamorado loco...

—Sí, Wladimiro — contestó María—, sólo para ti he vivido siempre; para ti han sido los primeros latidos de mi corazón, el primer despertar de mi alma al llamamiento del amor puro y virginal que para ti alberga mi pecho.

—¡Oh, qué dicha nos espera!—balbuceó él y con gesto rápido, loco de deseo hundió su cabeza entre las manos de María y rompió a llorar de suprema felicidad.

—No llores, nene mío, vidita—decía María en los transportes enajenada de placer—, tuya será siempre mi vida entera. Poco falta ya para ser tuya, sí muy tuya, cuando la bendición de los cielos caiga sobre nuestra unión.

—Siglos me parecen los minutos—decía el galán besándola con ardor en las mejillas, en



los ojos y enjugando sus lágrimas con besos ardientes de pasión.

En esto los caballos se detuvieron. Habían llegado a las puertas del castillo y allá en lo alto de la torre la madre amantísima les esperaba agitando su blanco pañuelo, emblema de paz...

Era de nuevo el hogar que les acogía como a náufragos del mar de la vida ofreciéndoles el seguro puerto de la felicidad, el remanso ansiado en la existencia tumultuosa que hasta aquel momento habían llevado.

¡Con qué alegría entró en su casa la que había cobijado sus juegos de niño y la que desde la llegada de María era para él templo sagrado del amor en el que había dejado deslizar los más bellos momentos de su vida, en la que la joven huérfana era como el faro luminoso que le guiaba hacia el faro de la felicidad!

¡Con qué alegría saludaba a los recuerdos más queridos que le hablaban de tan bellos instantes en los que su alma había gustado el duce cariño familiar! Allí, al pie de la escalera, su madre temblorosa de emoción le aguardaba. Sus brazos le estrecharon contra su pecho y en aquel momento era para la desdichada mujer como si volviera a nacer de nuevo. Era el destino, que después de habérselo arrebatado, se lo devolvía, como si la hubiese querido jugar una broma trágica.



—Dios es justo—dijo la madre.

—El quiere que vuelva a esta casa rehabilitado y absuelto de la terrible acusación que contra mí pesaba. Hoy ya la pesadilla pasó, y el hombre que estuvo a dos dedos de la muerte, renace de su propia ruina moral para esperar que la dicha sea siempre su compañera...

—¿Pero creiste alguna vez, hijo mío, que tu inocencia no resplandecería?

—En ciertos momentos estaba deprimido. La fe me había abandonado, y la falacia de los hombres me tenía acobardado. Parecía para mí una negra pesadilla que yo pudiera estar acusado de tan graves delitos y que el pelotón que debía fusilarme se estuviera aguardando ya formado en el patio de la prisión.

—Hijo mío, así era, en efecto; y yo para aterrantar a María hacía ver que de nada me había enterado.

—Sí, madre, ya sé que ella ha sido la que más ha contribuido a devolverme la bendita libertad—dijo Wladimiro—. Sé que ella, arrostrando las consecuencias de la malidicencia, ha procurado que el general, mi odioso enemigo, cayera en la emboscada, y luego un hom-



bre bueno, de noble alcurnia, como el Príncipe, ha sabido dejar los muelles salones de su casa para volar en socorro de un condenado a muerte y hacer resplandecer el brillo inmaculado del sol de la justicia. A él le debo la vida tanto como a mi estimada María...

—Ahora que esta casa te acoge de nuevo, deja estos tristes pensamientos, y no olvides que sólo para ti y por ti en esta casa brillará siempre la alegría más radiante...

—Sí, madre mía, mi pasado murio. Las veces que arriesgué mi vida por la patria, no sentí tan cerca de mí el golpe helado de la muerte.; pero la esperaba sonriente, galopando en mi caballo por entre las filas enemigas presentando el pecho, pero no como ayer estuve: hundido el pecho por una acusación fatal...

Como si nada hubiera ocurrido, María Wladimiro y la madre de ésta se sentaron en el saloncito de confianza en sus respectivos sillones... era la vida que se continuaba...

Media hora después, la luz de la libertad entraía en forma de mujer en el calabozo de Wladimiro y el castillo de los Voikoff recibió la nueva de la liberación del capitán con en-

tusiastas demostraciones de júbilo en las que aldeanos y notables familias de aquellos contornos quisieron tomar parte.

La noche trágica cedió el paso a una aurora de amor que presenció la dicha más hermosa, a la que servía de altar la promesa de una próxima boda. El gesto magnánimo del Príncipe y los fueros de la verdad y la justicia habían obrado el milagro de amor. Wladimiro y María reconquistaban la felicidad y la vida a un mismo tiempo.

FIN

Ya está a la venta el

Almanaque de Biblioteca Films

POR TADA A TODO COLOR

PROFUSIÓN DE GRABADOS
ANÉCDOTAS DE CINELANDIA
NOVELAS DE LOS MAS GRANDES FILMS
BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS PREDILECTOS
TANGOS CÉLEBRES

Precio popular: UNA peseta

CENTROS DE REPARTO:

SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERÍA
Barbará, 16. — BARCELONA Cañis, 1. — MADRID

Si no lo encuentra en su localidad pídalos a:

BIBLIOTECA FILMS
Apartado de Correos 707 - BARCELONA

Remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos de correo
que se lo enviará en seguida.

Tangomania

EXIT
EXITO !!
EXITO

REVISTA MUSICAL

Primer número:
dedicado al popular "castigador"

AGUSTIN IRUSTA

Letras y partes de piano de

ESTA NOCHÉ ME EMBORRACHO
y LA INGLESITA

Precio 60 céntimos
Cada número

— Pedidos a —
BIBL'OTECA FILMS, Apartado 707 - Barcelona
Remita cinco céntimos para el certificado. Franquio gratis.

LECTURA PARA TODOS

4 NOVELAS
TITULOS
EXITOS !!

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERE

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MELÓN

M. NIETO GALAN

ILUSTRACIONES DE BOSCH

PORADA A TODO COLOR

32 PAGIN S DE TEXTO
PROFUSAMENTE ILUSTRADO

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Precio:

25 cts.

Las Grandes Novelas de la Pantalla

La primera novela
cinematográfica

TOMOS A 2 PESETAS

Las dos niñas de París	Sandra y Biscot
Judex	René Cresté
La nueva misión de Judex	René Cresté
La huerfanita	Sandra y Biscot
Barrabás	Biscot y B. Montel
La coqueta irresistible	Constance Talmadge
Parisette	Sandra y Biscot
Por la puerta de servicio	Mary Pickford
La amordazada	Dorothy Gish
Pimentilla	S. Gerard y Sandra
El hijo del pirata	Von Stroheim
Los parias del amor	Mya May
Esposas frívolas	R. Carl y B. Montel
La dueña del mundo	Wallace Beery
La tragedia del correo de Lyón	R. Poyen "Minutillo"
Ricardo Corazón de León	Mary Pickford
El huérano de París	Dorotea Vernón

TOMOS A 1'50 PESETAS

El signo del Zorro	Douglas Fairbanks
El hijo de la parroquia	Jackie Coogan
El milagro	Tomás Meighan
El ladrón de Bagdad,	Douglas Fairbanks
Don Q. hijo del Zorro	Douglas Fairbanks
La pequeña Anita	Mary Pickford
La quimera del oro	Charles Chaplin
El niño de las monjas	Mercedes Astorff
El Águila Negra	Rodofo Valentino
El pirata negro	Douglas Fairbanks
El sol de media noche	Laura La Plante
Mi hijo antes que nadie!	Germaine Rouer.
Resurrección	Rod La Roque
Jaque a la Reina	Mrs. y Mme. Dullit
El Gaúcho	Douglas Fairbanks
La Cabaña del tío Tom	James B. Lowe

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado núm. 707 - Barcelona

Coleccione Ud. la Selección de FILMS DE AMOR

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
El templo de Venus	M. Philbin
Sacrificio	Fay Compton
Las garras de la duda	Leda Gis
Ruperto de Hentzau	Lew Cody
El tren de la muerte	Cayena
La esposa comprada	Alice Terry
El juramento de Lagardère	G. Jacquet
Buda, el Profeta de Asia	Himansu Rai
La princesa que amaba al amor	A. Manzini
La hija del Brigadier	Nora Gregor
La fiera del mar	J. Barrymore
La mujer que supo amar	Doris Kenyon
Fausto	E. Jannings
La que no sabía amar	A. Moreno
Una aventura de Luis Candelas	M. Soriano
Cuando los hombres aman	F. Dhelie
El caballero de la rosa	J. Catelain
Los cadetes del Czar	Irene Rich
Los amores de Manón	Dolores Costello
Valencia	M. Baldaicín
La tragedia del payaso	G. Ekman
El cuarto mandamiento	Mary Carr
Odette	F. Bertini
Titánic	G. O'Brien
Flor del desierto	Vilma Banky
Lances del querer	N. Shearer
Entre el amor y el deber	R. Novarro
La vida privada de Helena de Troya.	R. Cortez

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitir cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TITULO

La Rosa de Flandes
La Brecha del Infierno
Koenigsmark
En las ruinas de Reims
La mujer que supo resistir
Los dos pilletes
Como D. Juan de Serrallonga
Conciencia contra ley
El lobo de París
El Abuelo
El bien perdido
La madre de todos
Ronda de noche
El último correo
Ropa Vieja
La prueba del fuego
Varieté o Aguilas humanas
Una gran señora
Los hijos del trabajo
Metrópolis
Bodas sangrientas
Venganza gitana
Rusia
Ben-Hur
La pequeña vendedora
D. Quijote de la Mancha
El Circo
El espejo de la dicha
Napoleón
Martirio
Por la Patria y por el Rey
El diamante del Zar
Corazón de Padre
La Bells de Baltimore
El gran combate

PROTAGONISTA

R. Meller
C. Vernadas
J. Catelain
Frank Mayo
R. La Marr
J. Forest-L. Shaw
Fay Compton
M. Vargonvi
H. Baudin
M. Ribas
Alice Joyce
Mary Carr
R. Meller
Vera Reynolds
Chiquilín
Ronald Colman
Lya de Putti
N. Talmadge
J. Nieto
B. Helm
M. Jacobini
R. Colman
W. Gaidaroff
R. Novarro
M. Pickford
C. Schonstrom
Charlot
Lily Damita
A. Dieudonné
Suzi Vernon
René Navarre
J. Petrovich
Lon Chaney
Dolores Costello
Colleen Moore

SOLICITAMOS CORRESPONSALES
ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona